

4.3-8

LA NOCIÓN DE CRISIS EN LOS ARTÍCULOS DE BENITO PÉREZ GALDÓS

Sadi Lakhdari

La noción de crisis aparece de manera bastante frecuente en los artículos de Benito Pérez Galdós publicados en el periódico platense *La Prensa* entre 1883 y 1901, es decir en un período particularmente interesante que se sitúa alrededor de la fecha clave de 1898. Los artículos que tratan del tema fueron escritos a partir de 1885 hasta 1897, con excepción del último fechado de 1901. La mayoría de estos escritos es pues anterior al 98, lo que muestra claramente que la impresión de vivir un momento crítico no fue un descubrimiento de la llamada generación del 98 debido al célebre desastre.

Cuando don Benito habla de crisis, se refiere primero a las crisis políticas, es decir a las crisis ministeriales tan frecuentes durante la Restauración y que aparecen de manera casi institucional dado el sistema. En la mayoría de los casos, don Benito narra los hechos de manera humorística, subrayando la pequeñez de los intereses personales, en parte responsables de estas crisis que se parecen a pequeñas comedias.¹ Los artículos no se contentan con exponer de manera clara y bastante resumida para los lectores americanos unos asuntos particularmente complejos, presentan a veces un verdadero estudio que los aparentan con artículos de costumbre. Es el caso del primero, "Epidemias y crisis",² y del último, "Días de crisis".³ No nos detendremos sobre estos artículos, por muy interesantes que sean. Veremos que la crisis política en su sentido limitado y casi técnico tiene para Galdós un aspecto anecdótico y que se inscribe dentro del marco más ancho de una crisis estructural, socio-económica y política, relacionado con la problemática de los regeneracionistas. Hay que subrayar sin embargo que los artículos políticos no se focalizan nunca únicamente sobre la "política menuda". En las introducciones o en las conclusiones tenemos siempre, más allá de la precisión analítica del observador agudo, una visión sintética de los hechos que desemboca en unas apreciaciones generales. Galdós no se contenta con criticar el aspecto grotesco de esos dramas fomentados por "los crisófilos", deseosos de obtener una poltrona ministerial.⁴ No cae nunca en el antiparlamentarismo que va a ser una posición tan frecuente después del 98; censura el aspecto anecdótico, superficial y mezquino de la lucha política, pero lo encuentra normal en un sistema parlamentario, estimando que evita mayores convulsiones y

que establece el diálogo entre las diversas corrientes políticas. Por malo que sea el sistema, es preferible a cualquier otro, como lo explica claramente don Benito en la conclusión de su artículo del 19 de marzo de 1887:

En el parlamentarismo luchan y se desarrollan, a veces con crudísima desnudez, todas las pasiones humanas, todas las expresiones de la inteligencia desde las más altas a las más rastreas, todas las energías de la voluntad desde las más sublimes a las más innobles. (...) El sistema no es bueno, es, si se quiere el menos malo de los conocidos. (...)

Por desgracia no conocemos manera mejor de afrontar las enormes dificultades políticas de los tiempos modernos. ¡Hablar, hablar, hablar, inundar los problemas en un océano de palabras! Por mal que se nos vaya, siempre iremos mejor que con el silencio torvo del régimen absoluto, porque si el parlamentarismo suele tener en los países latinos el peligro de la infecundidad legislativa, en cambio no puede negársele la gran ventaja de la fiscalización. Contentémonos pues, con nuestro defectuoso sistema y tratemos tan sólo de mejorarlo.⁵

Galdós defiende en estas líneas una posición liberal pero adopta al mismo tiempo, lo que no aparece aquí con evidencia, una posición democrática, ya que lucha en aquella época por la instauración del sufragio universal. El liberalismo caracteriza también su apreciación de la situación económica y social. Muy consciente de la importancia reducida de la política en el sentido restrictivo de la palabra, entiende que *las crisis políticas y la crisis política* sólo reflejan una serie de problemas que se sitúan a un nivel más hondo. Esta idea se encuentra en su discurso de recepción a la Real Academia al que aludiremos repetidamente, por ser una síntesis particularmente interesante que completa los artículos de *La Prensa*.

Las disgregaciones de la vida política son el eco más próximo de ese terrible rompan filas que suena de un extremo a otro del ejército social, como voz de pánico que clama a la desbandada. Podría decirse que la sociedad llega a un punto de su camino en que se ve rodeada de ingentes rocas que le cierran el paso. Diversas grietas se abren en la dura y pavorosa peña, indicándonos senderos o sendas que tal vez nos conduzcan a regiones despejadas. Contábamos, sin duda, los incansables viajeros con que una voz sobrenatural nos dijera desde lo alto: por aquí se va, y nada más que por aquí. Pero la voz sobrenatural no hiere aún nuestros oídos, y los más sabios de entre nosotros se enredan en interminables controversias sobre cuál pueda o deba ser la hendidura o pasadizo por el cual podremos salir de este hoyo pantanoso en que nos revolvemos y asfixiamos.⁶

No puede ser más clara la expresión del sentimiento de crisis generalizada. La metáfora del pantano, la del camino interrumpido por ingentes rocas en las cuales se busca desesperadamente una grieta o pasadizo, indican la intensidad de esta toma de conciencia. Más allá, Galdós habla de tinieblas, de zarzas enmarañadas, de recodo sin salida aparente, pero siempre supone que habrá una solución “porque aquí no hemos de quedarnos hasta el fin de los siglos”.⁷

El mismo término de crisis que proviene de la terminología médica supone una evolución que puede resultar favorable. Esta metaforización frecuentemente empleada por don Benito se encuentra explotada de manera sistemática en el último artículo que trata de la dolencia del pueblo español y de los diagnósticos de doctores y curanderos que agobian al enfermo con sus continuas visitas y recetas.

Momentos hubo en que se creyó que espiraba, maldiciendo, más que de sus alifafes, de los emplastos que le aplicaban, en todas las partes de su lacerado cuerpo. Pero no tardó en rehacerse, agarrándose a la vida, como tantos otros dotados de una complejión vigorosa; y fue primer síntoma de su mejora el desenfado con que empezó a despachar médicos, y a echarlos de su alcoba, conminándoles con tirarles algo a la cabeza si volvían; lo que fue para la familia grande satisfacción y consuelo. Confirmóse luego la reparación del organismo, viendo al enfermo con buenas disposiciones para echarse a la calle, y oyéndole pedir de comer a cada momento, y prodigar en cháchara continua las gracias de su ingenio festivo y mareante.⁸

El símil humorístico se refiere evidentemente a la crisis del 98, cuya gravedad se pondera al mismo tiempo que se pronostica una mejora visible. Volveremos luego sobre este artículo que concluye la serie de *La Prensa* y que propone las explicaciones tal vez más globales con el discurso de recepción a la Real Academia. Conviene subrayar que antes de proponer explicaciones amplias y globales en términos metafóricos, Galdós presenta explicaciones precisas aunque resumidas sobre las causas de las crisis económicas y sociales que aquejan al país.

El último cuarto del siglo XIX fue caracterizado por una serie de crisis que empezaron por la quiebra de la Kreditanstalt de Viena en 1873, debida a una especulación desenfrenada. Después de la quiebra de la Unión General en Francia en 1882, no se verificó ninguna recuperación, sin duda a causa de una producción insuficiente de oro. La crisis, calificada ya de depresión, duró hasta 1896 y suscitó unas reacciones de defensa: práctica del *dumping*, proteccionismo, excepto en las naciones más liberales, Inglaterra, Bélgica y los Países Bajos. La expansión colonial y el militarismo exacerbado con el desarrollo subsecuente de la industria del armamento pueden ser considerados también como una tentativa de resolver los problemas económicos suscitados por el desarrollo del capitalismo.

Galdós empieza a escribir sobre la crisis económica a fines de 1887, cuando la crisis agrícola se agudiza de manera inquietante en España. En el largo artículo consagrado a la "Política agraria" de octubre y noviembre de 1887, explica que "las causas de la depresión del consumo" son complejas.

De tiempo en tiempo, en plazos fatales y misteriosos, como los que presiden a la aparición de las grandes epidemias, el consumo universal se deprime, las existencias aumentan de un modo fabuloso en los grandes depósitos comerciales, las empresas de transporte ven disminuido su movimiento; muchas fábricas se cierran; la concurrencia, abaratando excesivamente los precios, ocasiona pérdidas y quiebras. El agricultor y el fabricante claman, y como no suelen ver sino aquella parte más próxima del mal, señalan como origen de éste la pesadez de los impuestos, los Tratados de comercio, olvidando que en circunstancias anteriores, los mismos Tratados dieron vida a lo que ahora está tan abatido.⁹

El mecanismo de la crisis de consumo se identifica claramente y la descripción sencilla y rápida se ve acompañada por una hipótesis en cuanto a las consecuencias del fenómeno. Las depresiones preceden a las grandes guerras nos dice Galdós, teoría paradójica en su opinión, pero que admite provisionalmente. Las guerras serían "impulsos instintivos de la humanidad para restablecer un equilibrio alterado por arcanos incomprensibles".¹⁰ Las causas y los remedios eventuales ponen de manifiesto las posiciones liberales de don Benito; no cree que la limitación de las importaciones podrá mejorar la situación y teme las represalias, sobre todo en el sector agrícola. En gran parte de los artículos, el novelista se ocupa en efecto preferentemente de la crisis agrícola, tema corriente en el fin de los años ochenta.

En abril de 1888, en «El mal tiempo y las crisis», Galdós explica que la noción de crisis se generaliza de manera excesiva con cierta exageración, excepto en la agricultura que padece una crisis grave sin equivalente anterior.

Tenemos crisis agrícola, crisis industrial, crisis monetaria, crisis obrera, crisis política, y la vida es una serie angustiosa de momentos críticos que no sabemos a qué catástrofe nos llevará. Aunque en esto de las crisis hay bastante exageración, y se mezcla bastante en ello la aspiración personal de partido, fuerza es reconocer que en lo tocante a la agricultura, no vivimos hoy en el mejor de los mundos posibles.¹¹

La agricultura ocupa un sitio privilegiado en los artículos de don Benito por razones obvias. España, relativamente poco industrializada todavía,

padece con retraso y de manera limitada el efecto de la crisis industrial. En cambio la crisis agrícola, a la vez coyuntural y estructural, reviste una gravedad particular. Se conoce un período de estancamiento después del fin del proceso desamortizador, en 1875, a causa de la competencia de los granos americanos y rusos. La plaga de la filóxera, dilatada respecto a Francia, hace su aparición a fines de siglo. La producción agrícola conoce entonces un bache considerable de 1884 a 1890, antes del aumento de los aranceles que garantizan altos precios.

Los artículos más importantes, «Política agraria» del 28 de octubre de 1887 y «El mal tiempo y las crisis» de abril de 1888, fueron escritos pues en relación con una cuestión de actualidad; pero, como siempre, Galdós se eleva hasta consideraciones generales que superan el marco coyuntural. Sitúa la crisis agrícola respecto de la crisis universal, luego enumera una serie de puntos negativos que explican la postración de la agricultura. La agricultura española “sufre los efectos de la crisis puramente española, es decir de un estado de cosas creado por nuestra rutina administrativa”.¹²

Después de haber elogiado el *Informe sobre la reforma agraria* de Jovellanos, Galdós explica que la contribución territorial es excesiva; el tipo contributivo es tan alto que provoca una grave desigualdad, “origen de grandes disturbios en los pueblos y que fomenta el caciquismo y las malas pasiones”.¹³ Denuncia después la postración del crédito agrícola que favorece la usura, y la imperfección del cultivo “que es de lo más primitivo que se puede imaginar”.¹⁴ Denuncia igualmente las causas climatológicas que imponen la generalización del riego. Pero la falta de agua exigiría la construcción de pantanos de rentabilidad dudosa.

La situación es tan compleja que los remedios son también complejos. La protección arancelaria empeoraría la situación provocando represalias extranjeras que impedirían la exportación de los frutos secos, de los vinos y de la naranja. En varios pasajes de los dos artículos, Galdós se muestra totalmente opuesto a un aumento del arancel, situándose claramente en el campo liberal. No dice nada de los cambios estructurales de la propiedad agraria, aparte la alusión del principio al *Informe* de Jovellanos. Pero propone soluciones globales, insistiendo sobre el hecho de que no se puede proponer soluciones parciales y radicales que no tendrían efectos a largo plazo.

Es preciso que a la vez y mancomunadamente se reduzcan las cargas públicas, se fomente el crédito agrícola, se faciliten las comunicaciones, se suavicen las tarifas de ferrocarriles, se difunda la enseñanza agrícola y se emprendan obras destinadas a combatir la sequía de nuestros campos.¹⁵

No aboga todavía Galdós por soluciones radicales, como las que parece apuntar en *El caballero encantado* en 1907. Propone una serie de medidas

coherentes que cambiarían fundamentalmente la situación, dentro de un marco liberal en el cual el libre cambio seguiría manteniendo a España dentro del mercado mundial. Galdós presta gran atención a los problemas de la enseñanza, dedicando largos pasajes a la enseñanza agrícola en el colegio Alfonso XII. Esta preocupación típica del optimismo progresista del novelista se relaciona también con los estudios de su sobrino, don José Hurtado de Mendoza, ingeniero agrónomo.

Las soluciones preconizadas por don Benito se caracterizan por su moderación, así como su valoración de la crisis siempre evocada con humor. Este humor no se encuentra en el discurso de 1897 pero sí en el artículo de 1901, lo que deja suponer que la solemnidad de la ocasión influyó sobre el tono empleado. Sin embargo, notamos una evolución evidente en la manera de enfocar la crisis en los últimos escritos. Hemos visto que la solución de la crisis no parece probable y que don Benito hace un cuadro bastante pesimista de las posibilidades de cambio en el discurso de 1897. Veamos pues en qué consiste la evolución desde los artículos de 1887-1888 y cuál es la diferencia con el último artículo de 1901.

En *La sociedad presente como materia novelable*, tema del discurso de 1897, don Benito evoca la crisis española en relación con la evolución de la novela que constituye su propósito. Escoge en efecto estudiar el medio social como generador de la obra literaria, es decir que elige un punto de vista sociológico. Sin entrar en detalles que hubieran sido enfadosos en tal tipo de discurso, enuncia desde el principio de su estudio que la sociedad moderna se caracteriza por su falta de unidad. Ha desaparecido todo principio de unidad, concebido como potente energía de cohesión social. La crisis consiste pues en una disgregación general, en una disolución de los grupos políticos e ideológicos. Galdós no dice en este discurso que el factor más potente de unidad era la Religión católica y la Iglesia, y que los progresos del ateísmo causan esta disgregación generalizada, lo expresa en otro artículo anterior.¹⁶ Insiste sobre la uniformización de los tipos y la desaparición correlativa de los antiguos grupos sociales: pueblo y aristocracia pierden sus caracteres tradicionales “de una parte por la desmembración de la riqueza, de otra por los progresos de la enseñanza”.¹⁷

Las antiguas clases sociales han sido sustituidas por “la llamada clase media que no tiene existencia positiva y es tan sólo informe aglomeración de individuos procedentes de las categorías superior e inferior, el producto, digámoslo así de la descomposición de ambas familias”.¹⁸ Esta masa dominante, poco estructurada, no tiene carácter propio por su origen y la variedad de sus funciones en la sociedad. Galdós describe esta capa social como un conglomerado incoherente, habla de muchedumbre caótica en la cual se verificará al final del proceso de descomposición de las clases antiguas una fermentación “de la que saldrán formas sociales que no podemos adivinar, unidades vigorosas que no acertamos a definir en la confusión y aturdimiento en que vivimos”.¹⁹

Los frecuentes términos que expresan la idea de caos y de confusión traducen el sentimiento de desorientación del novelista que no acierta a ver la dirección que va a tomar la sociedad. Pero este sentimiento no provoca una reacción defensiva. Galdós adopta una posición de testigo de la evolución: tiene una concepción dinámica de la historia y de la sociedad. Influenciado sin duda por el transformismo, supone un movimiento obligatorio, y su vocabulario establece una relación evidente entre las ciencias sociales y biológicas. La "fermentación social" inevitable proviene de esta concepción biológica y vitalista de la sociedad.

Galdós concibe una crisis de larga duración, a la que sucedería tal vez un período estable en el cual se destacarían unidades vigorosas. El período "de confusión evolutiva",²⁰ "de días azarosos de transición y de evolución",²¹ corresponde en el orden científico con una sucesión rápida de inventos que hace "que los asombros de hoy sean vulgaridades mañana, y que todo prodigioso descubrimiento sea pronto oscurecido por nuevas maravillas de la mecánica y de la industria".²² La impresión de aceleración de la historia es muy perceptible en estos textos. La evolución social y política aparece como una realidad impuesta por las transformaciones generales aparecidas en el siglo XIX y sólo queda la posibilidad de analizarlas y de tratar de entenderlas. Esta posición corresponde a la de los numerosos héroes pasivos que se encuentran en la obra de Galdós (José María de Guzmán por ejemplo en *Lo Prohibido* o el amigo Manso). Se trata al mismo tiempo de una posición claramente progresista en la medida en que nadie puede impedir o retrasar esta evolución potente y acelerada que representa un fenómeno mundial. Tampoco imagina Galdós una posible vuelta atrás, ni estima oportuno presentar como modelos, tipos de organización social antigua o ideologías pasadas como lo harán muchos reformadores atemorizados por una evolución llena de incógnitas. El tiempo histórico parece siempre irreversible en los escritos de don Benito.

El autor se muestra muy admirativo todavía a fines de siglo frente a los progresos de las ciencias y técnicas y no encuentra al nivel literario que la inestabilidad presente sea causa de decadencia. Al contrario piensa que la falta de principios de unidad favorece "el florecimiento literario".

Concluyo diciendo que el presente estado social, con toda su confusión y desconcierto han favorecido el desarrollo de tan hermoso arte. No podemos prever hasta dónde llegará la presente descomposición. Pero sí puede afirmarse que la literatura narrativa no ha de perderse porque mueran o se transformen los antiguos organismos sociales. Quizás aparezcan formas nuevas, quizás obras de extraordinario poder y belleza, que sirvan de anuncio a los ideales futuros o de despedida a los pasados, como el *Quijote* es el adiós del mundo caballeresco. Sea lo que quiera, el ingenio humano vive en todos los ambientes, y lo mismo da sus flores en los pórticos alegres de flamante arquitectura, que en las tristes y desoladas ruinas.²³

Las últimas líneas del discurso subrayan la importancia de la adaptación y las posibilidades evolutivas. A pesar del pesimismo general del texto, se desprende siempre una visión optimista de un futuro fecundo, por lo menos al nivel artístico. No se percibe en ningún momento una actitud decadentista. Este optimismo moderado persiste después del desastre de 1898. El último artículo fechado de 1901 propone un diagnóstico para el país enfermo. Explica que, salvada la crisis, padece

una secular ingestión y asiento estomacal de dogmatismo político, más grave que el filosófico y literario, y de añadidura, una terrible intoxicación de criticismo, que vino a producir un derrame de materia biliar o pesimista, la cual trajo el aplanamiento, el abandono de la voluntad, las ideas lúgubres y la monomanía, que casi era un deseo, de pasar pronto a mejor vida.²⁴

El pesimismo, el criticismo exagerado y el dogmatismo son las grandes causas, con la abulia y la falta de educación, que explican globalmente la crisis. Galdós defiende una posición realista en su artículo, esencialmente pragmática. No cree que el desastre provocó el estado de decadencia actual, piensa que

la dolencia existía con anterioridad a nuestros desastres, y que no contribuyó poco a producirlos. Los desastres no causaron la enfermedad: sólo la pusieron de manifiesto, confundiendo la tristeza de aquel desventurado caso con los achaques que ya minaban al enfermo.²⁵

La crisis ha servido de revelador del estado verdadero de España donde los problemas fueron siempre enfocados al revés; hay que empezar por los hechos y acabar por los principios. La crisis profunda no puede ser salvada únicamente por unos cambios políticos. Los ataques generalizados contra la clase política no toman en cuenta el hecho de que los políticos sólo son el reflejo del país. La regeneración pasará pues por una "vigorosa reconstitución de la conciencia nacional".²⁶ Hay que modificar el terreno y no las ramas del árbol; los cambios políticos no modificaron nunca nada.

Los problemas hondos de la sociedad española han permanecido siempre en pie, como ídolos de bronce cimentados en granito, contra los cuales nada pueden ni los esfuerzos de los hombres, ni los terremotos del suelo.²⁷

A partir de esta constatación, ya presente en los artículos anteriores, don Benito va a privilegiar un aspecto de la crisis, el problema del caciquismo, ya denunciado en varios artículos anteriores con una gran precisión. La última parte del artículo hace referencia a Joaquín Costa y a la *Unión Nacional*, así como a *Oligarquía y caciquismo*. Resume de manera

extremadamente elogiosa la obra y la acción de Costa “propagandista de los buenos principios”.

Su labor ardua, generosa, absolutamente desinteresada, nos abre horizontes de esperanza en medio de esta cerrazón que envuelve los desmayados caracteres de nuestra época. Con muchos como Costa, fácil sería que nos viéramos si no regenerados, en camino de serlo; pero hombres de este temple hay pocos en todas partes, y aquí es tan reducido su número que se les puede contar por los dedos de la mano, aun exponiéndonos a que sobre algún dedo en la cuenta.²⁸

Galdós aprueba de manera natural una corriente a la que anuncia por sus opiniones y críticas anteriores. A pesar de la correspondencia cordial que intercambian los dos hombres, y de la similitud de posiciones, podemos destacar sin embargo ciertas diferencias que revisten gran importancia. Aunque tenemos textos cortos en el caso de don Benito, constatamos que el novelista tiene siempre una visión sintética amplia que sitúa la problemática española dentro de un contexto europeo. El caciquismo se define como una “calamidad” que “no es privativa de nuestro suelo y de nuestra raza”.²⁹

Todos los pueblos latinos la padecen con más o menos intensidad. En Francia la vemos manifestarse y crecer en plena República, renovando vicios y corruptelas del segundo Imperio, que se creyó desaparecerían con él. Se ocultaron para renacer en el régimen que se tiene por más perfecto. En Italia también lo hay, y los países americanos de origen ibérico no estarán libres de esta plaga.³⁰

La observación es exacta: obvia en lo que se refiere a Italia; es verdadera también para Francia que conoce un “régime des notables”. Esta constatación permite evitar las consideraciones pesimistas y abstractas sobre la incapacidad española de ser como las demás naciones europeas. La singularidad española, -su carácter africano según muchos regeneracionistas-, no aparece más que como una variante posible en el desarrollo de las naciones europeas. La visión del caciquismo de Galdós es una visión precisa, que no reviste un aspecto exageradamente polémico y que enuncia unas verdades generalmente ocultas.

Don Benito explica que la enfermedad del caciquismo es tan vieja y constitutiva que casi viene a confundirse con la normalidad de la salud.

El caciquismo es la voluntad de algunos que, al amparo de una viciosa organización política, aplican las leyes en provecho propio, y estorban la acción legal de los más, produciendo un régimen caprichoso, en el cual viven a sus anchas cuadrillas organi-

zadas por regiones, provincias y lugares, mientras viven en el desamparo de toda ley los ciudadanos que no han sabido o no han podido afiliarse a estas comunidades vividoras. Éstas tienen por cabeza un personaje de alta significación y poder en uno o en otro partido, y sobrenadan en todas las agitaciones, y continúan imperando a despecho de turnos gobernantes y de combinaciones. Si no fuera nuestro caciquismo un régimen civilizado y benigno, ajeno a toda intención melodramática y a todo trágico procedimiento, se le podría comparar a *la maffia*. Pero aunque remoto, innegable es el parentesco de la comedia urbana con el drama espeluznante, pues ambos son representaciones de los humanos apetitos, y en uno y en otro espectáculo vemos el egoísmo y la maldad frente a la descuidada inocencia de los que componen la mayoría social.³¹

La comparación con *la maffia* es evidentemente muy interesante, pero notemos cómo Galdós evita toda exageración hiperbólica, matizando la importancia del fenómeno. Sin embargo no le quita su importancia fundamental, ya que en los párrafos siguientes explica que el fenómeno es tan arraigado que su erradicación resulta todavía más difícil. La oligarquía es amable y en general los oligarcas son personas excelentes

de trato fácil y ameno, y están dispuestos a prestar un servicio al amigo, favoreciéndole en cualquier caso con la ilegalidad más amable y bondadosa. Acontece que tronamos contra el caciquismo, y que necesitándolo para que nos sirva en cualquier entorpecimiento de la vida común acudimos a él de la manera más candorosa, y al vernos prontamente atendidos, olvidamos la violación del derecho que hemos perpetrado, y no vemos la víctima lejana de aquel mismo poder que ha funcionado en nuestro provecho.

Ved aquí el grande inconveniente de esta oligarquía; ved su amabilidad, la eficacia con que sirve, y la mansa labor con que se arraiga. Resulta que todos llevamos la oligarquía en la médula de los huesos y en los glóbulos de la sangre, y que cuando hablamos de su destrucción, olvidamos que sería menester arrojarlos colectivamente a un inmenso horno, en que fundiéramos para tomar moldes nuevos. Ya se ve que no es fácil la reforma, al menos sin contar con la acción lenta de la evolución fisiológica.³²

La preocupación por todos los aspectos del problema, incluso los aspectos éticos y psicológicos, la precisión de la descripción, evitan las simplificaciones groseras. Si la gravedad de la plaga es evidente, si la democracia nueva reanuda con viejos vicios, no puede haber soluciones únicamente políticas, y tampoco rápidas. Galdós excluye aquí toda solución

revolucionaria, confiando en la evolución fisiológica y en la labor educativa, en particular de ciertos tribunos como Costa.

Esta posición excluye todo recurso providencialista, sea de un partido sea de un hombre. Tiene el inconveniente de ser poco exaltante por su moderación razonable. El carácter pragmático de las soluciones apuntadas, el rigor intelectual y moral de la observación pueden pasar por tibieza y pusilanimidad. Es muy probable sin embargo que los ataques lanzados contra Galdós por ciertos miembros de la generación del 98 no se basaron sobre estos artículos desconocidos, creo, en España hasta la publicación parcial a partir de 1923 por la editorial Renacimiento. Existe un verdadero desconocimiento del pensamiento político y social de Galdós por parte de Baroja o Unamuno que escribieron páginas singularmente injustas sobre su egoísmo, su ceguera en cuanto al papel de las clases medias. No conocían estos artículos y no trataron tampoco de desentrañar el sentido de las novelas del "garbancero". Este término particularmente mal escogido no corresponde con las posiciones liberales, en efecto, pero demócratas de don Benito; no corresponden con la visión sintética que le permite situar la crisis española dentro de un marco europeo y mundial, tomando en cuenta todos sus aspectos, tanto económicos y sociales como políticos y culturales. El rigor y la honradez del observador que siempre se distancia de su objeto, reconociendo al mismo tiempo su posición exacta en la sociedad, permite el reconocimiento de la imposibilidad de una objetividad total, garantía contra los errores del subjetivismo y del fanatismo.

Es interesante notar que las observaciones contenidas en los artículos o en el discurso de entrada en la Real Academia no tuvieron una traducción sistemática en las *novelas contemporáneas*. Encontramos reflejos de las posiciones del Galdós periodista en las novelas, reflejos a veces muy precisos, pero la problemática de la crisis no aparece de manera central antes del *Caballero encantado*. No eran desconocidos de Galdós los defectos de la política, o de la sociedad española, pero no encajaban con su propósito y sobre todo con el tratamiento de la materia novelable que es el suyo. La ambigüedad debida a la forma novelesca no se encuentra en los artículos escritos en un estilo totalmente diferente. El desconocimiento de los artículos y la lectura superficial, o en muchos casos muy incompleta, de las novelas por ciertos miembros de la generación del 98 explican tanto las deformaciones como la valoración negativa de la obra y de las posiciones del novelista en relación con su apreciación de la crisis finisecular.

NOTAS

- ¹ PÉREZ GALDÓS, B., artículo del 17 de octubre de 1886, «Crisis ministeriales», en *Obras inéditas, Política española*, Renacimiento, Madrid, 1923, Vol. III, pp.241-243.
- ² PÉREZ GALDÓS, B., artículo del 4 de julio de 1885, «Epidemias y crisis», en *Obras inéditas, Cronicón*, Vol. VI, pp.190-195.
- ³ PÉREZ GALDÓS, B., artículo del 10 de enero de 1890, «Días de crisis», *Obras inéditas, Política española*, Renacimiento, Madrid, 1923, Vol. IV, tomo II, pp.190-195.
- ⁴ Artículo citado del 17 de octubre de 1886.
- ⁵ SHOEMAKER, W., *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, Ediciones Cultura hispánica, Madrid, 1973, p.237.
- ⁶ *La sociedad presente como materia novelable*, Discurso leído ante la Real Academia Española, con motivo de su recepción, Est. Tipográfico de la Viuda e Hijos de Tello, Madrid, 1897, reproducido in B. Pérez Galdós, *Ensayos de crítica literaria*, Laureano Bonet, Ed. Península, Barcelona, 1972, p.177.
- ⁷ *Op.cit.*, p.178.
- ⁸ SHOEMAKER, W., *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, Ediciones Cultura hispánica, Madrid, 1973, p.536.
- ⁹ PÉREZ GALDÓS, B., artículo del 8 de noviembre de 1888, «Política agraria», en *Obras inéditas, Política española*, Renacimiento, Madrid, 1923, Vol. IV, tomo II, p.56.
- ¹⁰ *Op.cit.*, p.57.
- ¹¹ PÉREZ GALDÓS, B., artículo de abril de 1888, «El mal tiempo y las crisis», en *Obras inéditas, Política española*, Renacimiento, Madrid, 1923, Vol. IV, tomo II, p.118.
- ¹² «Política Agraria», en *Op.cit.*, p.46.
- ¹³ *Ibíd.*
- ¹⁴ *Ibíd.*
- ¹⁵ *Op.cit.*, p.49.
- ¹⁶ SHOEMAKER, W., Carta del 1 de abril de 1885, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, Ediciones Cultura hispánica, Madrid, 1973, p.14.
- ¹⁷ *La sociedad presente como materia novelable, Op.cit.*, p.178.
- ¹⁸ *Ibíd.*
- ¹⁹ *Ibíd.*
- ²⁰ *Op.cit.*, p.180.
- ²¹ *Op.cit.*, p.181.
- ²² *Op.cit.*, p.179.
- ²³ *Op.cit.*, p.182.
- ²⁴ SHOEMAKER, W., Carta del 1 de abril de 1885, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, Ediciones Cultura hispánica, Madrid, 1973, p.536.
- ²⁵ *Ibíd.*
- ²⁶ *Op.cit.*, p.537.
- ²⁷ *Op.cit.*, p.538.

²⁸ *Op.cit.*, pp.541-542.

²⁹ *Op.cit.*, p.539.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Op.cit.*, p.540.

³² *Ibid.*